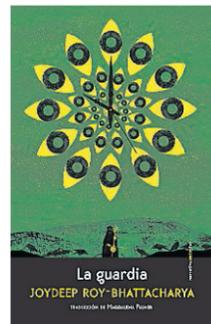
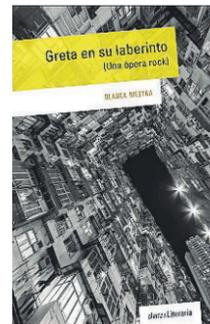


Y Antígona se volvió afgana para enterrar la guerra

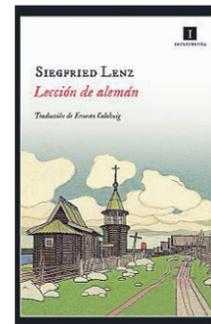
Quince años llevan los soldados de EE UU empantanados en la tierra inhóspita de Afganistán, que ninguna potencia ha logrado doblegar. Quince años es tiempo suficiente para que las noticias sobre la guerra con los talibanes y otras bandas yihadistas apenas ocupen ya espacio informativo. Cuando eso ocurre, es el momento de que, con su voluntad de largo aliento, la novela ocupe el lugar de los teletipos destinados a la papelera virtual del escritorio. **Joydeep Roy-Bhattacharya**, formado en Calcuta y Pensilvania, y en las calles de los países del Este de Europa que iban deshaciéndose de sus regímenes comunistas, ha recreado el mito de Antígona en **La guardia** para aproximarse al conflicto afgano a través de una pirueta de más de dos mil años. Una mujer llega arrastrándose sobre un carrito a una base de EE UU en Kandahar para reclamar el cuerpo de su hermano, como en su día hiciera la hija de Edipo con el de Polinices. La sorpresa y el miedo con los que reaccionan los soldados serán las líneas de fuga sobre las que cabalgará un implacable retrato subjetivo del conflicto.



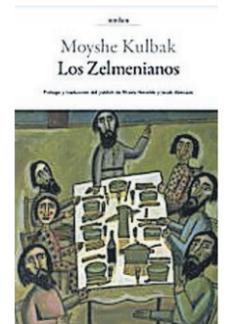
La guardia
JOYDEEP ROY-BHATTACHARYA
Traducción de Magdalena Palmer
Sexto Piso
306 páginas, 23,90 euros



Greta en su laberinto (Una ópera-rock)
BLANCA RIESTRA
Alianza
284 páginas
15,50 euros



Lección de alemán
SIGFRIED LENZ
Traducción de Ernesto Calabuig
Impedimenta
496 páginas, 24,95 euros



Los Zelmenianos
MOYSHE YULBAK
Traducción de Rhoda Henelde y Jacob Abecasis
Xordica
400 páginas
23,95 euros

Distopía para un mundo encaminado al horror

viaje iniciático y tecnología opresiva. Riestra, que añade un sólido eslabón ciberpunk a la fructífera tradición de las historias sobre chupasangres, esos seres esclavos de la eternidad, tiene tras de sí una larga trayectoria —esta es ya su octava novela— que la acredita como narradora de fuste. En **El laberinto de Greta**, título que alude tanto a una megalópolis en ruinas como a la mente de la protagonista, la autora gallega da rienda suelta a su convencimiento de que el 11-S ha abierto una nueva era, marcada por las trazas de la catástrofe y por la incertidumbre sobre cuándo y cómo se consumará el cataclismo. Nada mejor que una narración plagada de aventura para dar cuerpo a esa intuición. Los anuncios de **Zuckerberg**, el creador de Facebook, de que, en la estela de **Trump**, tal vez aspire en un futuro a la presidencia de EE UU no hacen sino alimentar la sospecha de que las intuiciones de Riestra gozan de fundamentos sólidos.

La culpa y la obediencia debida vistas por Lenz

Miembro, como **Böhl**, **Celan** o **Grass**, del círculo de escritores y críticos (Grupo 47) que en la posguerra se propuso revitalizar la literatura alemana, **Siegfried Lenz** (1926-2014), autor de 14 novelas y varios volúmenes de relatos, fue una de las plumas germanas más conocidas de la segunda mitad del XX. Bien lo saben quienes en 2014 tuvieron la oportunidad de leer **El barco fero** (Impedimenta), la novela que comparte espacio con nueve relatos en el volumen homónimo. Si allí la sombra de la guerra era alargada y se extendía como un eclipse sobre un hecho violento ocurrido a los nueve años del conflicto, en **Lección de alemán** la trama reposa en la guerra para dar cuerpo a la culpa y a las traumáticas consecuencias de la obediencia debida. Lenz desertó del ejército al final del conflicto, pero también se había inscrito dos años antes, a los 17, en el partido nazi. De modo que sabía de qué hablaba cuando ideó la traumática historia del niño obligado por su padre a espiar a un amigo de la familia cuya casa es para él una prolongación de su propio hogar.

Un patio judío de Minsk y la revolución de Octubre

Los Zelmenianos está escrita en clave de tragicomedia, pero la vida de su autor, el judío bielorruso **Moyshe Kulbak** (1896-1937), acabó en tragedia cuando el estalinismo lo atrapó entre sus garras y lo puso ante un pelotón de fusilamiento. Publicada por entregas desde 1929 a 1935 y ambientada en un suburbio de Minsk, la capital bielorrusa, **Los Zelmenianos** gira en torno al impacto de la revolución bolchevique en el conjunto de individuos de varias generaciones que conviven en el patio del judío Zeb. Mientras unos, los más jóvenes, se entregan ciegamente a las nuevas ideas, sus mayores mantienen el apego a sus ancestrales costumbres. De ese contraste brotarán las chispas que, además de poner en peligro a ratos la mandíbula del lector, permitirán a Kulbak dibujar ese retrato satírico de la vida en el nuevo régimen que tan caro acabaría por costarle. La multiplicidad de puntos de vista le da pie, además, a salirse de los carriles de la narración lineal y genera un sabio rompecabezas que refuerza los trazos maestros de la sátira.

y los héroes de la Ilíada, que son más valiente y audaces que el resto pero mucho más humanos. Es la diferencia entre los héroes míticos y los homéricos, que son, sobre todo, grandes guerreros. Incluyo también tres figuras femeninas, Clitemnestra, Casandra y Antígona, que sin transitar por ese tipo de glorias se han introducido en el repertorio de las grandes figuras.

—¿La muerte es un momento culminante, la consagración del héroe?

—No. La muerte es el momento en que cae el telón sobre la carrera heroica. La culminación del héroe está en sus hazañas, que es lo que cuentan los mitos o los grandes relatos. En cuanto a los seres fabulosos, la muerte es el momento en que el héroe, como humano que es, desaparece. Para los grandes guerreros, la muerte se trata de un riesgo aceptado desde el principio por su propia condición. En esos casos, la muerte sí forma parte de la carrera heroica.

—En esos finales se da la circunstancia paradójica de que la muerte los cubre de un cierto halo de inmortalidad.

—Más que para ser inmortal, el héroe trabaja sobre todo para conseguir la gloria, la fama, quedar en la memoria colectiva y ser recordado para siempre. No buscan tanto la inmortalidad del alma como la fama perdurable.

—¿De todos los que relata, cual sería el final más trágico?

—Hay varios, pero quizá el más trágico sea el de Agamenón, que, después de diez años, vuelve a Micenas como vencedor de la guerra de Troya y su mujer, Clitemnestra, lo mata en el baño en ese mismo momento. También es terrible la muerte de Heracles, quien tras completar los doce trabajos, convencido de que ya va a vivir feliz para siempre, se pone una túnica que le había enviado su mujer, envenenada sin que ella lo supiera, y muere abrasado por las llamas. Esas muertes tan trágicas vienen a subrayar la fragilidad del ser humano, incluso los más grandes están expuestos a esos accidentes terribles.

—¿Cuáles son las fuentes a las que recurre para recrear esos decesos?

—Hice una búsqueda en datos muy diversos. En algunos casos se trata de textos casi perdidos, como el de la muerte de Ulises. “La Odisea” tiene una especie de final feliz: Ulises ha vuelto a Ítaca y se queda con Penélope. Pero por otros relatos sabemos que la muerte del héroe está relacionada con la llegada de un hijo suyo, que tuvo con Circe, Telégono. Ambos se enfrentan sin conocer ese vínculo y Telégono mata a su padre Ulises. Cuento otras muertes extrañas, como la de Jasón, el argonauta, que muere al sentarse a la sombra del

barco que lo llevó a la gloria, cuando se desprende el palo y le cae encima. O el caso de Perseo, una muerte irónica, cuando intenta probar con su suegro el poder de la cabeza de Medusa, el monstruo al que venció, cuya mirada dejaba de piedra a los enemigos. El suegro es ciego y el poder no surte efecto sobre él, pero Perseo la vuelve hacia sí y perece petrificado.

—¿El abandono del conocimiento clásico convierte a estos personajes en seres muy lejanos al mundo de hoy?

—Hacia la mitología griega tenemos un sentimiento un tanto ambiguo. Por una parte es un mundo muy lejano, de muchos siglos atrás, que linda con la magia del relato popular. Pero, por otra parte, los héroes griegos son muy humanos, de manera muy especial los homéricos. Hay en el lector actual una cierta simpatía por ese mundo.

—¿Aunque sea empezando por el final, el libro sirve de acercamiento a esas vidas?

—Creo que sí. Son relatos contados de una manera abreviada, que espero sirvan al lector para acercarse a las grandes historias y los viejos relatos. No cuento “La Odisea” ni “La Ilíada” pero evoco el final de Aquiles, el de Héctor o el de Ulises. El libro admite distintas lecturas, la de quien conozca menos el mundo griego, que encontrará unas historias extraordinarias y la del aficionado al mundo griego, que completará su visión y conocimiento de los clásicos.

—¿Hay una reverdecir de esos personajes en cierta literatura que conserva ese fondo del héroe griego?

—En parte sí. Donde más perviven los héroes es en los cómics y en algunas películas de acciones heroicas. Ahí se conserva ese sentido del gran héroe, pero estas versiones modernas se levantan en torno a personajes planos en comparación con los originales, que tienen un componente más trágico.

—¿Cabe albergar algún tipo de optimismo sobre el futuro de este conocimiento clásico a la vista de la situación educativa?

—Soy muy pesimista con respecto a los planes educativos y el futuro de las humanidades en general, tanto en la enseñanza media como en la universidad. Vivimos en un mundo muy dominado por la tecnología, un mundo en el que la lectura cada vez es menos frecuente porque la gente está pendiente de pantallas. Confío, sin embargo, en que la fuerza esos relatos se mantenga. Siempre subrayo que en España ahora hay más traducción de clásicos que nunca, pese al sombrío panorama educativo, porque los gobernantes están ensombreciendo la enseñanza humanística.

rase cocos terribles, un reportaje del infierno con paralelos 38 en vez de hordas de tutsis y hutus, Johnson dinamitó las estructuras habituales para botar un transatlántico genérico. En **El huérfano** había periodismo y sociología, se conciliaba la temática del gulag con una hilaridad desbordada, la potencia de los diálogos no tenía nada que envidiar a la conmoción de ciertas descripciones, quedaba espacio para el gore y el sentimentalismo, el delirio y la filigrana convivían con naturalidad pasmosa.

A quienes ya conozcan esa pieza esplendorosa, una de las cumbres de la ficción occidental reciente, no les sorprenderán los temas que Johnson rastrea en **George Orwell fue amigo mío**, colección de seis relatos que le valió un segundo reconocimiento en su país, el National Book Award. Comenzando por la historia que cierra el volumen, “La sonrisa de la fortuna”, que retoma el leitmotiv coreano para darle un nuevo e inesperado sesgo, al contar los problemas de adaptación de dos desertores del Norte paupérrimo y hermético en el Sur exube-

rante pero no menos robotizado por el ultracapitalismo, y siguiendo por la pieza que da título a la colección, en la que un ex alcaide de una prisión de la RDA intenta conciliar los sueños de una razón que produce monstruos con las pesadillas de una realidad que todo lo banaliza.

Pesadillas que ya no son infligidas por los aparatos de vigilancia, sino que emanan de la condición libre y a la vez estúpida del sujeto posindustrial, cuyas ansias de estar perpetuamente conectado lo confinan en realidad a la esclavitud de estar constantemente expuesto. Expuesto a la publicidad, al intercambio, a convertirse en apéndice del gigantesco tesoro del control, como esas balizas que señalan los archivos de pornografía infantil en el relato cumbre del volumen, “Pradera Oscura”, un texto de apenas cuarenta páginas que por sí solo justificaría la carrera de muchos escritores y que confirma, gozosamente, que Adam Johnson es un escritor hoy por hoy ineludible para comprender qué sucede ahí fuera, en los escenarios del absurdo.